

—Por otra parte,—añadió Ferrus, á quien los vapores del vino daban confianza y determinación,—¿qué peligro hay en albergar dos frailes? Dios sabe de dónde serán. Esos padres suelen venir de lejos é ir de paso; muy forasteros deben de ser, pues ignoran que el castillo es encantado y nada hospitalario. Van de paso.

—Sin embargo, si pudiesen pasar el arroyo... —replicó Rui Pero.

—¿Y queréis,—dijo Ferrus, acercándose al oído del camarero,—que nos esponamos á que pase un hombre del castillo la noche fuera de él, y suelte la lengua más de lo preciso? Eso es peor...

—Peor, peor...—refunfuñó entre dientes el camarero.

—Si gustáis, señor alcaide,—dijo el ballestero,—se les contestará que vayan á buscar albergue á otra parte. Ello, la noche es terrible.

—¿Terrible decís?—repuso Rui Pero asomándose á una ventana.—Sí; parece que el cielo se derrite en agua. Sería una inhumanidad por cierto.

—No podemos consentir,—añadió Ferrus,—que dos ministros del Altísimo queden á la intemperie en una noche...

—En buen hora; que entren,—dijo Rui Pero

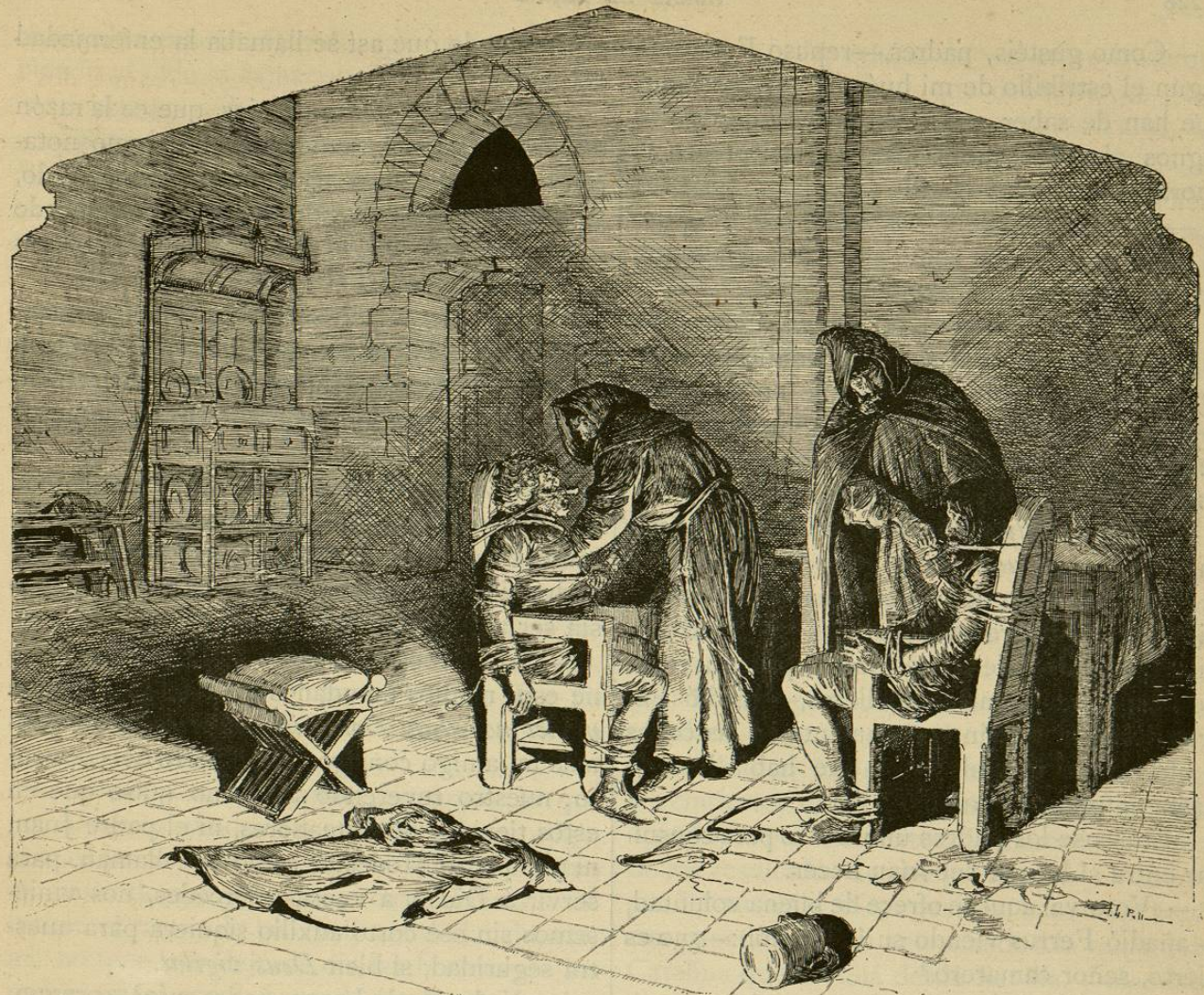
al ballestero, quien se fué á cumplir la orden.

—¡Voto va!—añadió Ferrus,—éramos dos y seremos cuatro. Aun queda vino en esa vasija para otros tantos, y los padres no se desdeñarán de hacernos un rato de compañía, yendo sobre todo de camino. Todo el peligro que podemos recelar de los santos varones, señor camarero, es que nos echen algún sermón en latín que no entendamos: y así como así, dentro de un rato ya no nos íbamos á entender nosotros dos, según la faena que damos á nuestras copas.

Una carcajada de Ferrus al concluir estas palabras probó que todavía no había perdido la costumbre, que se había hecho en él naturaleza, de decir bufonadas á todo trance, á pesar de su nueva dignidad.

De allí á poco entraron humildemente en el salón dos reverendísimos padres, cuyos hábitos derramaban á hilos el agua, como un paraguas expuesto por gran rato á la lluvia y que se arrima á un rincón á medio cerrar.

Saludáronles cortésmente nuestros dos amigos, y después de los primeros cumplimientos les invitaron á que se acercasen para secar sus hábitos al hogar, donde quedaron mirándose unos á otros largo espacio los dos opuestos alcaides y los dos bien avenidos frailes.



#### CAPÍTULO TRIGESIMOQUINTO

Mentides, fraile, mentides,  
Que no decís la verdad.

Mató el fraile al caballero,  
A la infanta va á librar:  
En ancas de su caballo  
Consigno la fué á llevar.

*Rom. del conde Claros.*

Al entrar los dos modestos frailes en la sala, no había dejado de llamarles la atención el agradable pasatiempo en que entretenían sus ratos perdidos el antiguo y nuevo alcaide. Habíanse mirado uno á otro como inspirados de la misma idea, y este movimiento hubiera sido notado de los defensores del castillo, á no ser porque, no habiendo creído éstos que tendrían ya visitas con quien guardar ceremonia, habían menudeado en realidad del tinto más de lo que á su prudencia convenía. Su misma posición les había excitado á beber, y aun hay cronistas que aseguran que deseosos uno y otro de no tener compañero en el mando, y demasiado confiado

cada cual en su propia resistencia, se habían animado recíprocamente á beber por ver si conseguían privar al colega; plan que, merced á la igualdad de sus fuerzas, había resultado en detrimento de la razón de entrambos.

—¡Por San Francisco! perdonen vuestras reverencias,—dijo Ferrus,—si les han hecho esperar á la intemperie más de lo que ese hábito que visten merece. Pero sepan que á él solo deben esta acogida, porque el castillo á que han llamado no es en realidad de los más hospitalarios que pudieran haber encontrado en su camino.

—*Pax vobiscum*,—dijo el menos corpulento de los padres con voz grave.

—Como gustéis, padres,—repuso Ferrus,—según el estribillo de mi huésped de ayer; porque han de saber sus reverencias que de dos dignos alcaides que tienen en su presencia ahora, ninguno sabe latín.

—En ese caso, *Te-Deum laudamus*,—repuso el padre, respirando como aquel á quien le quitasen de encima una montaña.

—Gracias,—contestó de nuevo Ferrus, no queriendo ser tachado de poco político por dejar sin respuesta una lengua que no entendía.—Dos cosas debemos suplicar á vuestras reverencias,—prosiguió;—primera, que se quiten esos hábitos que traen mojados...

—*Et super flumina Babylonis*, dice el salmista; *vetat regula*, la regla nos lo impide.

—Sea en buen hora; pero la regla no impedirá á vuestras reverencias que hagan lo que vieren adonde quiera que fueren; primera regla de hospitalidad entre caballeros,—añadió Ferrus derramando vino nuevamente en las copas y ofreciendo una al padre que había llevado hasta entonces la palabra.

Miráronse los padres uno á otro para consultar entre sí lo que deberían hacer.

—¡Voto val aquí se ofrece de buena voluntad,—añadió Ferrus viendo su indecisión:—¿no es cierto, señor camarero?

—Vos lo habéis dicho,—repuso el camarero tomando una copa.—Pero si sus reverencias no se atreven por respetos al cielo, nosotros, viles gusanos de la tierra...

—*Vinum letificat cor hominis*,—interrumpió el padre.—Nosotros agradecemos á vuestras mercedes la buena voluntad; pero sólo bebemos en la refacción, si tenéis por bien hacérsela servir: vuestras mercedes beban, y mientras, nosotros *exultemus et letemur*.

—A la buena de Dios,—dijo Ferrus vaciando su copa.—¿Y este padre que nada dice, es que no sabe latín, como si fuera alcaide?

Miraban los dos frailes á Ferrus, como buscando en sus ojos si encerraría alguna intención ó sospecha aquella pregunta, hecha de aquel modo, ó si sería meramente casual é hija de la poca aprensión del que la hacía. Parecióles en conclusión que no se podía leer en los ojos de Ferrus sino la expresión del mosto, y no dudó en responder con cierta serenidad el mismo padre:

—Mi superior está achacoso; es sordo además *tantumquam tabula*...

—Sí, que es gran sordera,—repuso Ferrus,

presumiendo que así se llamaba la enfermedad del padre.

—Y un tanto tierno de ojos, que es la razón de verle la capucha tan sobre ellos como notarán vuestas mercedes. La humedad, sobre todo, de esta noche debe de haberle perjudicado mucho. *Benedictus qui venit*... Venga ó no venga,—añadió para sí el padre.

Efectivamente, no se le veía apenas rostro al padre que había permanecido callado. Ocultábase el medio de abajo una larga barba blanca, y su capucha le envolvía todo el medio de arriba.

—¿Y viajan siempre vuestas reverencias con esos mozos de estribo?—preguntó Ferrus, reparando en un hermoso alano que casi detrás del padre silencioso reposaba, y que había entrado sin ser antes de ellos sentido.

—¿Ah?—repuso el padre.—Dios nos perdone esos medios mundanos de defensa. Aunque *manet nobiscum Dominis*, bueno es llevar además un amigo consigo. Es el perro del convento: nuestro reverendo abad no quiso que en estos tiempos de salteadores, ni el padre Juan, ni yo, padre Modesto, como me llaman, para servir á Dios y á vuestas mercedes, nos viniésemos sin ese corto auxilio siquiera para nuestra seguridad, si bien *Deus vigilat*.

—¿Y de dónde bueno, padre mío?—preguntó Ferrus con audaz curiosidad.

—De Jaen, hijo,—repuso con extrema serenidad el padre;—sí, hijo, de Jaen. Llevamos una comisión secreta, que bajo la fe de la obediencia no podemos revelar, para el reverendo prior del convento de Andújar de nuestra misma orden, que es como veis de San Francisco, hijos míos; pensábamos haber caminado toda la noche, y haber llegado allí antes de la mañana; empero Dios que nos ha enviado esta agua, y los achaques de mi compañero, nos han obligado á pedir hospedaje. *Introibo*, dijimos, *ad altare*.

—Y bien dicho,—habló por fin el camarero, que había estado hasta entonces observando al silencioso fraile,—muy bien dicho, aunque nosotros no lo entendamos. Pero lo dijo vuestra reverencia, y basta: si les parece á sus reverencias, que vendrán cansados,—prosiguió el cortesano camarero,—harémosles servir la refacción para que se retiren, señor Ferrus.

—*Amen*,—repuso el padre,—tanto más cuanto que mañana hemos de salir á la madrugada, si dais orden de que nos abran temprano en el castillo.

—Daránse las órdenes todas que fueren ne-

cesarias,—repuso Ferrus, apartándose y hablando al oído al camarero.—Pero ved que las centinelas no se han relevado aún.

—Pudierais vos mudarlas,—le contestó Rui Pero,—mientras yo hago disponer la cena; estos buenos padres nos dispensarán si les dejamos solos un instante por su propio servicio.

—*Ite, missa est*,—replicó el padre, echando una bendición gravísima á entrambos alcaides, que se dieron el brazo mutuamente á pesar de sus interiores rencillas, sin duda olvidándolo todo en momentos en que necesitaban tanto de recíproco apoyo, y salieron de la sala.

—¡Cuerpo de Cristo! Por vida de Diego Gil y Martín Bravo, los más famosos monteros de Castilla, que Dios perdone,—exclamó el padre silencioso soltando una carcajada algo reprimida por la prudencia.—¡Voto val! que nunca hubiera dicho, fray Juan ó fray Peransurez, que tañeseis de ladradura con tal primor. Por mi venablo que se os entiende de cazar en latín á las mil maravillas.

—¡Prudencia, Hernando! Sepamos lo que nos hacemos, ya que yo no sé lo que me digo. ¿No os previne de que fui monacillo y sacristán en cierto tiempo, durante el cual, si mucho escatimé el rastro de las vinajeras de la Almudena, no por eso dejé de oír las bocinas de los padres en el coro? Aprendí á tañer la mía en latín como habéis visto, y alguna palabra entiendo, ¡voto á tal! de cada ciento que digo.

—Pobre venado es éste, Peransurez; es nuestro,—dijo Hernando.—Hace la señal del pezuño chica, y va en la redruña, ¡voto á tal! No tardaremos en tañer de occisa. ¿Pondrémosle canes?

—Ved no nos obliguen á tañer de traspuesta: mirad que se levanta ya el venado á la ceba. Yo os avisaré el momento.

—Los tiempos nos dirán, conforme vengan...

—Sí; pero ved, Hernando, que no es lo difícil la entrada; mirad por la salida...

—Dios proveerá, y mi venablo,—repuso Hernando, componiendo sus hábitos y echando de nuevo su capucha.—Ya vienen hacia el buitrón.

Volvían en esto ya los dos alcaides. No tardó mucho tiempo en cubrirse la mesa, á la cual se sentaron los cuatro con la mayor armonía y fraternidad. Poco tiempo hacía que cenaban, con imprudente abandono Rui Pero y Ferrus, con más reserva y comedimiento los frailes, cuando llamó á las puertas del castillo un expreso que enviaba el conde de Cangas y Tineo. Abrióronle inmediatamente, é introdu-

cido en la sala, echóse de ver en su traza que había corrido mucho y que debía ser en grande manera interesante su mensaje. Tomó Rui Pero el pliego cerrado que para él traía y apartándose un poco leyólo rápidamente, manifestando bien á las claras en su rostro cuánta sorpresa le infundía.

—Señor Ferrus, grandes novedades,—dijo después de haberle recorrido.

—¿Qué decís?—preguntó Ferrus tartamudeando.

—Nuestro señor el ilustre conde de Cangas y Tineo, maestro de Calatrava, se halla á pocas leguas de aquí...

—¿Cómo?—exclamó Ferrus levantándose.

—Sí; parece que el día después de vuestra salida de Madrid llegó á la corte la nueva de los disturbios de Sevilla. Las cartas y pesquisidores que envió Su Alteza á esa ciudad el mes pasado para poner en paz los bandos que han estallado entre el conde de Niebla, su primo, y el conde don Pedro Ponce y otros caballeros y veinticuatro, no surtieron efecto, y el mal se acrecienta por momentos. Temeroso Su Alteza de los resultados de tan grave daño, hizo suspender su viaje á Otordesillas; hase contentado con expedir pliegos anunciando á la reina doña Catalina que irá allá desde Sevilla, y mandado disponer para entonces las funciones reales y torneos que se preparaban en solemnidad del nacimiento del príncipe don Juan. Hase traído consigo á los principales señores de la corte, y esta noche debe dormir en Andújar.

—Gran novedad, por cierto,—dijo Ferrus.

—Añádeme su señoría que en ese pueblo permanecerán tres días, por hallarse señalado para mañana la prueba del combate. Encárganos con este motivo,—añadió Rui Pero al oído de Ferrus,—la mayor vigilancia.

—¡Voto á tal! no hay cuidado,—dijo Ferrus dando una carcajada.—No vencerá el doncel. ¿Y piensa venir su grandeza por aquí?

—Parece que no, pues de Andújar pasa Su Alteza á Córdoba, desde allí irá en la barca grande, el Guadalquivir abajo, á Sevilla, pues que está Su Alteza muy doliente, y no le deja caminar á caballo su físico Abenzarsal. Pero en atención á todo esto, yo partiré mañana de madrugada.

—Sea en buen hora, como gustéis,—repuso Ferrus.—Esto entretanto no altera el orden de nuestra cena. Podéis retiraros, buen hombre,—añadió Ferrus al emisario.

—Que os den de cenar,—dijo Rui Pero al